

LA SAETA

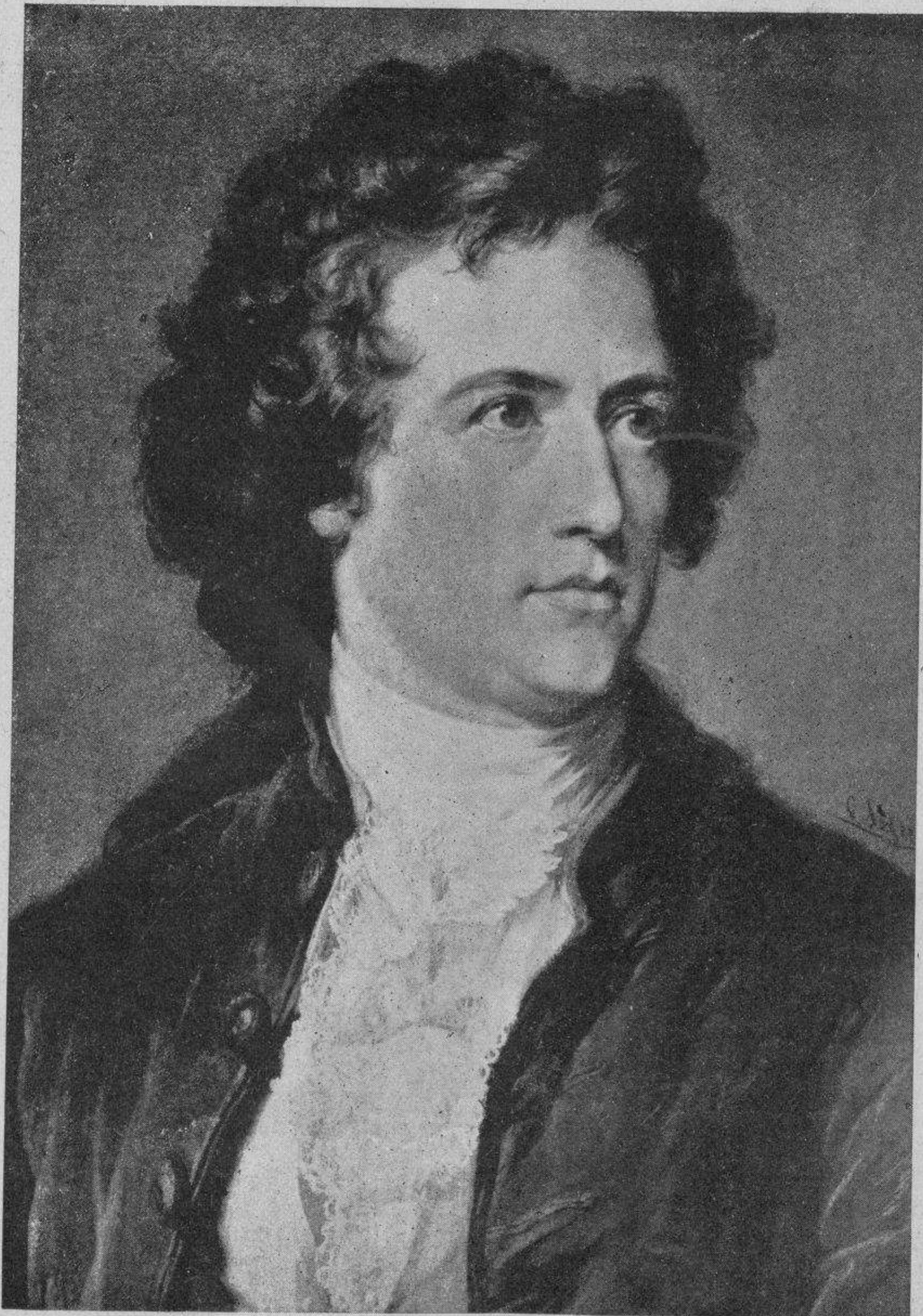
SEMENARIO ILUSTRADO

Año VIII

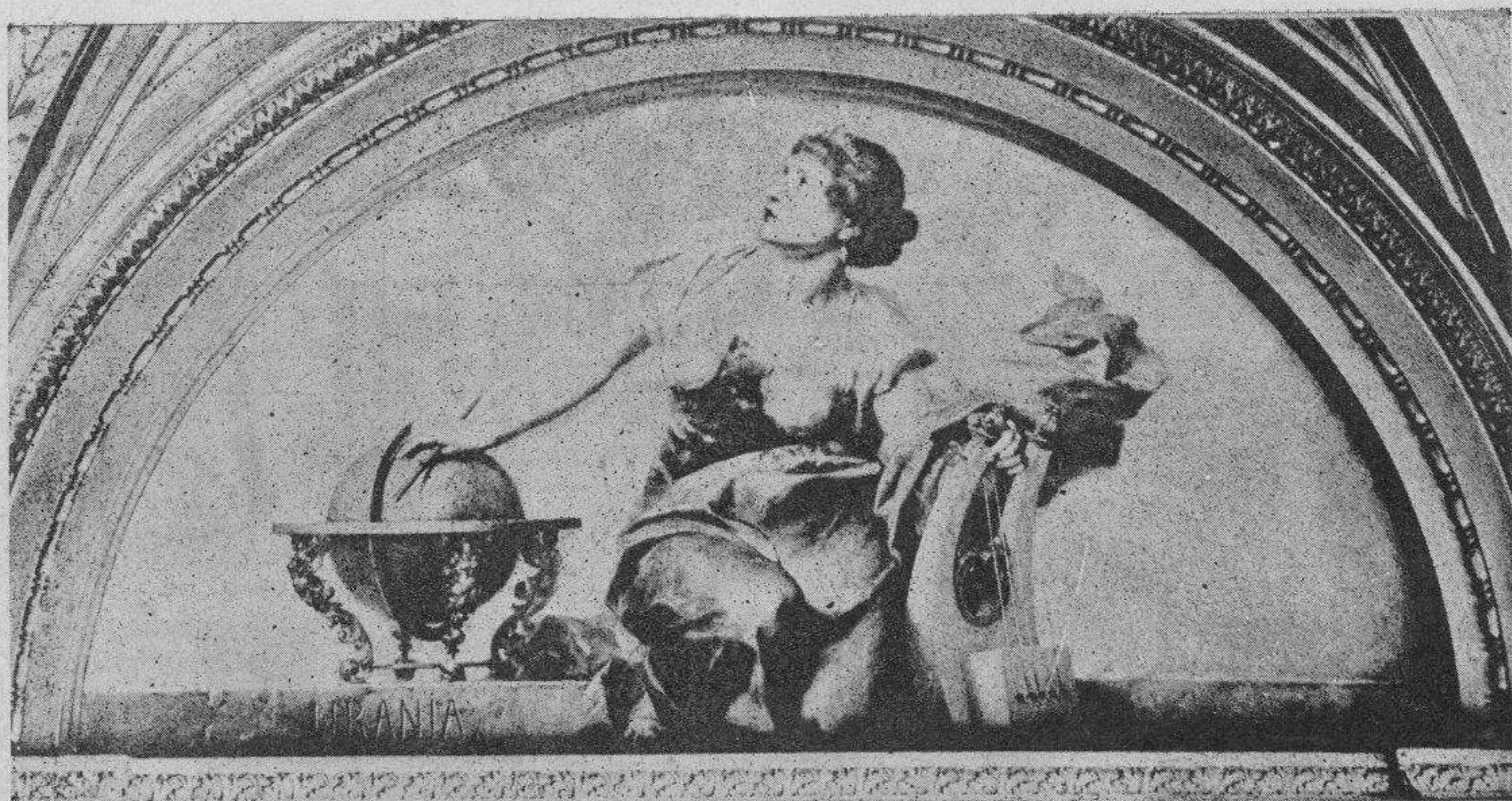
Barcelona 29 de Abril de 1897

Núm. 336

POETAS CÉLEBRES



Juan W. Goethe



Palique

El señor Núñez de Arce es un poeta muy notable que tiene la debilidad de proteger, por pura bondad, á cuantos poetas, ó mejor, candidatos de poeta, le apuran un poco presentándosele todos los días con aquello de

— ¡ Señor, yo soy Cadavieco !

Este Cadavieco era un pretendiente asturiano que acosaba á un célebre Ministro, paisano suyo, pidiéndole un empleo. Se le presentaba en todas partes, casi casi en la sopa; y el Ministro tuvo que rendirse y colocar á Cadavieco.

Núñez de Arce también procura *colocar*, no con nómina, á todos los poetas que le *cadaviequizan* noche y día.

Recuerdo que cuando yo vivía en Madrid y *me era* tan crítico, por lo menos, como ahora, Núñez de Arce me procuraba demostrar, donde quiera que me encontraba, con elocuentes discursos, que su protegido era tan poeta como él.

¡ Lo que gastó de persuasión, el ilustre autor del *Idilio*, para procurar hacerme *firmar* que Velarde y Ferrari eran notables poetas !

Sigue el señor Núñez de Arce con *bondoso sorriso*, como dijo Cheste, otro poeta, recomendando poetas nuevos; y ahora, supongo que aconsejado, mal aconsejado, emplea otro procedimiento.

Un libro de versos más en las librerías no llama la atención de nadie. Hay que convertir el libro en espectáculo; y se da una lectura pública de aquellas que ya Plinio quería aclimatar en Roma.

La «Asociación de la prensa» (c. p. b.), es también *bondosa*, y presta sus salmos lo mismo para hacer poeta célebre en un día á un joven que empieza, que para que se luzca Pini. Es decir, Pini no se lució en esos salmos, pero sí en una fiesta dada por la «Asociación».

Pues bueno; allá va el señor Núñez de Arce con su nuevo protegido, pensando sólo en el bien; no en la verdad ni en la belleza.

HENRIETTE RAC



Flores primaverales

Otros poetas, más ó menos Cadaviecos, ayudan al ilustré vate; son especialistas en el *canto llano* de la lectura de versos en público.

Y al día siguiente, *los chicos* abren las columnas, como dijo el otro, de los periódicos de mayor circulación, á las *impresiones*,—nada más que *impresiones* ¿eh? porque ellos no pretenden ser críticos ¡pobrecitos! — que recogieron en la *inolvidable velada*... y cátrate á Periquito hecho fraile.

El *Liberal*, pongo por ejemplo, en un artículo muy largo, asegura que el ilustre X., leyó *maestramente* tal poesía, que nos ofrece un poeta de *cuerpo* entero.

Y resulta que en esa poesía, leída *maestramente* (lo mismo pudo decir *disciplinadamente*), hay entre otros gazapitos, el de decir una señorita que ella es la hetaira (no hetera, como escribe Valera, hetaira) de un Fulano, y á renglón seguido añadir que es su esposa. ¿Cómo ha de ser la hetaira ó hetera y la esposa? Hetaira es meretriz, y también concubina... ¿Cómo la esposa ha de ser concubina ó ha de tenerse por meretriz?

Yo, con esto, no quiero prejuzgar el mérito del joven de quien se trata. Venga

E. KLIMSEB



Los prometidos

su libro de versos, y hablaremos, aunque sólo sea por el bombo previo que se le ha dado. Lo que digo, desde luego, que la poesía *Fiel*, tan alabada y *maestramente* leída, es vulgar, incorrecta.

Y lo que principalmente quiero hacer constar, es que el nuevo *procedimiento*, para llamar la atención en favor de un poeta novel, mientras tantos otros, sin *aldabas*, necesitan hacerse oír á fuerza de mérito, es un procedimiento injusto y contraproducente.

Allá, en los tiempos en que Bremón era joven, había mucho de eso de crear notabilidades literarias en tertulias de amigos; pero esto ya no pasa; á lo menos, sin protesta.

* * *

A propósito de Bremón.

Ahora nos dice que la carraca es un instrumento musical.

Bremón no sabe que el sonido no es lo mismo que el ruido, ni que la carraca produce ruido pero no sonidos, que son los elementos necesarios para que haga música.

Después dice que el ayuno es un manantial de ganancias para los que venden pescado.

Según eso, los maestros de escuela, que tanto ayunan, estarán á punto de agotar la pesca de todo el Océano.

¡Vea usted! Llevar unos setenta años de escritor público y ortodoxo y confundir todavía el ayuno con la comida de vigilia!

CLARIN.

F. MORGAN



Dulce carga

Cantares populares

Si supieras mi dolor,
mi sentimiento y mi pena,
te mostraras cariñosa
por muy ingrata que fueras.

La calle de Embajadores
dicen que la están sembrando
de clavelinas y flores
para que vayas pasando.

Sube á la sala de Audiencia
y dices al Presidente,
que si es delito el querer,
que me sentencien á muerte.

Los cabellos de las rubias
dicen que tienen veneno,
aunque tengan solimán
cabellos de rubia quiero.

Los ojos de mi morena
santa Lucía los guarde,
y si no son para mí
que la tierra se los trague.

Al otro lado del Ebro
tiran bombas y granadas,
y la Virgen del Pilar
con su manto las ampara.

Tienes unos ojos, niña,
hechiceros y ladrones,
que salen á los caminos
á robar los corazones.

Sequito llegué á tu puerta
y me diste de beber,
aquel favor que me hiciste
¡cuándo te lo pagaré!...

Yo no vivo ya en el mundo
que la que vive es mi sombra,
tengo mi cuerpo metido
en confusiones muy hondas.

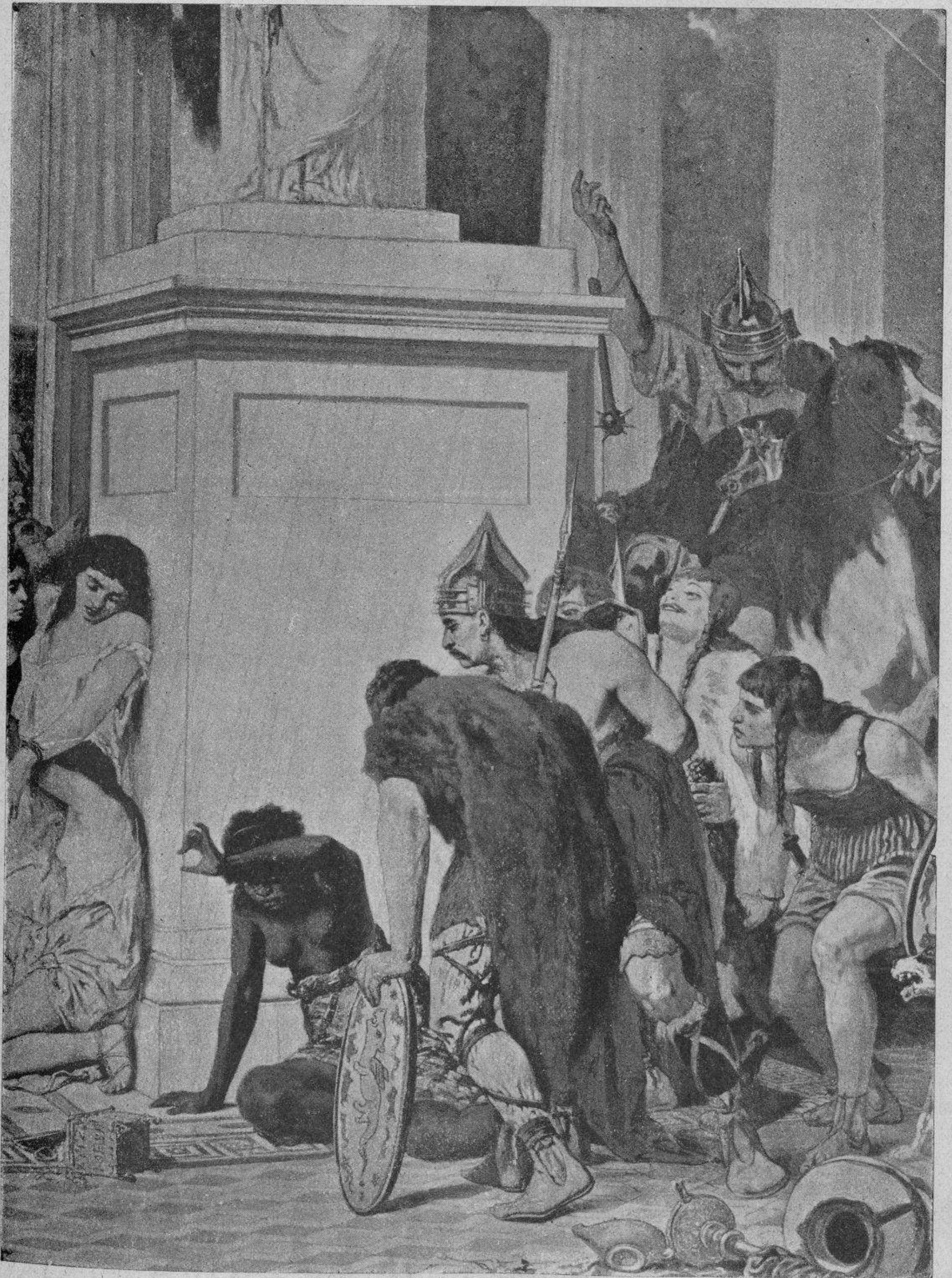
Como quieres que yo cante
si perdí las ilusiones?
en árbol donde no hay hojas
no cantan los ruiseñores.

A. FREIZ

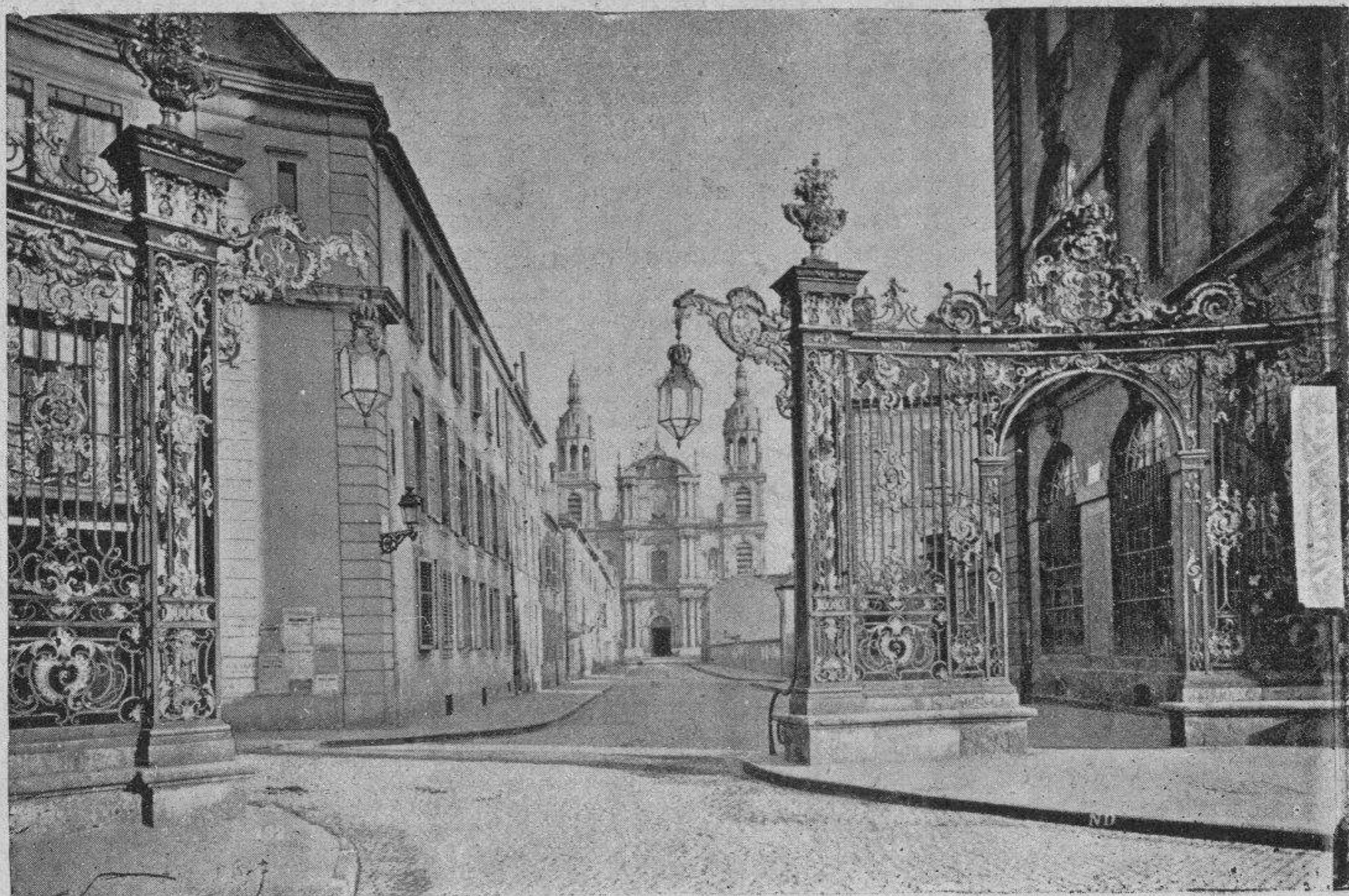


Sirenas

LUMINAIS



La invasión



Catedral de Nancy

La guerra

Ley de vida es la muerte. La guerra, apresurando ésta, favorece aquélla, tal y como el abono impulsa y favorece la vida vegetal. Puede la guerra aparecer bajo distintas formas; la menos cruel es todavía aquella que derrama sangre, aquella en que los adversarios, frente á frente y con armas iguales, se destrozan mutuamente por la existencia de la raza.

Está dando el Islam las boqueadas, y la raza turca, una de las más batalladoras que ha producido la tierra, agoniza lentamente. Ese pueblo que había dominado en Asia y que llegó dos veces bajo los muros de Viena, después de haber obligado á los rusos á capitulaciones vergonzosas, padece los efectos del veneno que en su sangre ha inoculado un desgobierno secular. Pero, como todos los organismos fuertes inicialmente, no se resigna á la muerte sin librar batalla.

Inglaterra, por medio de sus periódicos, que son más leídos de lo que generalmente se cree en el extranjero, exagerando las atrocidades de los kurdos en Armenia, callando lo que los armenios hacían por su cuenta contra los musulmanes, explicando á voluntad lo ocurrido en Constantinopla, fomentando los desórdenes por modo indirecto, logrando que la prensa francesa reprodujera sus opiniones, pensó haber armado una cruzada suficiente contra el *Hombre Enfermo*, y recordando sin duda las palabras de su gran trágico, dijo como Marco Antonio:

Ya estás en pie, calamidad, trabaja;
Toma después la dirección que quieras.

Y entonces estalló la sublevación de Creta. Los griegos enviaron ruerzas regulares á la isla para apoyar á los rebeldes. A fin de que no ocurriera un gran conflicto entre Grecia y Turquía, seis potencias, Inglaterra entre ellas, se pusieron de acuerdo para pacificar la vieja Candía, para imponer una actitud pacífica á Grecia.

Por modo tan eficaz, lograron que las tropas irregulares griegas violaran por dos veces

la frontera turca. El gobierno otomano declaró entonces la guerra. La razón estaba de su parte; había tenido paciencia hasta el extremo límite de esta virtud. Y acabada la paciencia, Edhem-Bajá, al frente de 140 batallones, una división de caballería y artillería numerosa, está encargado de dirimir la contienda. ¿Saldrá vencido ó vencedor? Poco tardaremos en saberlo. Por lo pronto, las tropas turcas han caído como un alud sobre las llanuras de Tessalia, desde el macizo del monte Olimpo, y los griegos están á la defensiva. En Actium, donde Octavio Augusto ganó el imperio del mundo contra Marco Antonio, truena el cañón, y en tanto que la escuadrilla griega bombardea á Preveza, las baterías turcas se ensañan contra Arta.

La obra de Inglaterra es completa. La gente cristiana y la islamita pelean con encarnizamiento. El lord de Salisbury, contemplando desde Niza como bate el agua del Mediterráneo azul, junto á las doradas costas, debe imaginar que aquella eterna inquietud del móvil elemento, son las postreras ondas de las convulsiones que en el mar Egeo, y en tierra de Tessalia, provoca la guerra.

Hay, sin embargo, un síntoma amenazador para Inglaterra. Alemania, que ha prometido apoyo á la república del Transwaal contra los ingleses, se ha puesto decididamente al lado de Turquía en la guerra de Oriente.

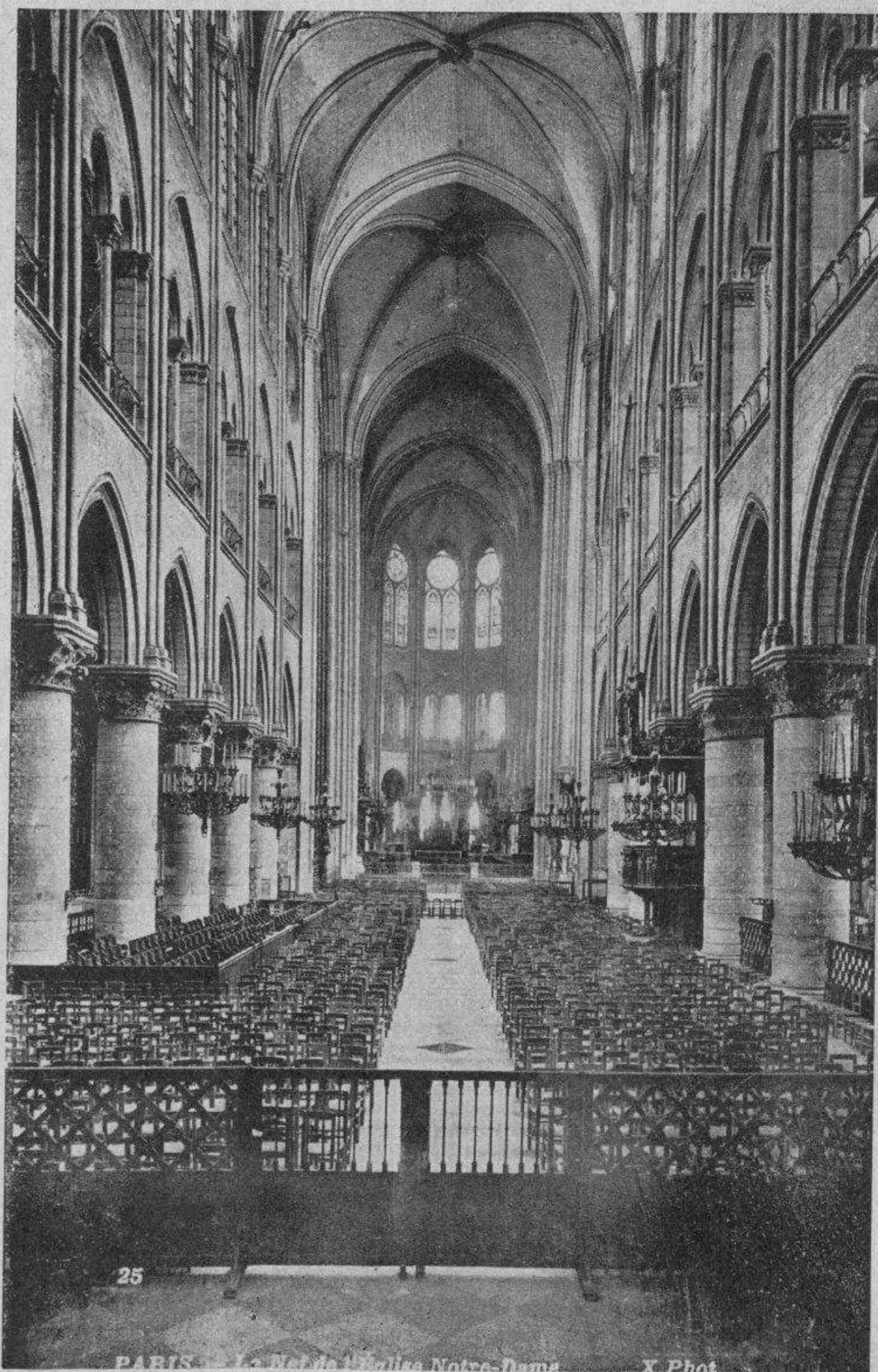
Todos los sensibles de Europa, así los de la política como los de la literatura, apoyan la causa de Grecia. ¿Por qué? La media luna es para ellos aun un signo ominoso. Los odios religiosos se perpetúan á través de los siglos. No tienen esos hombres en cuenta que hoy no se persigue ya á los heterodoxos, sino á los que profesan dogmas de economía política contrarios á los que están en uso. No piensan que con el mismo derecho que los cristianos predicaban ahora la guerra contra Turquía, los protestantes y cismáticos pueden un día cerrar contra España, á pretexto de que es católica. ¿Y qué dirán entonces esos que predicaban ahora la guerra Santa contra el estandarte verde del Profeta?

El acuerdo de las potencias se dice que subsiste. No es exacto. Tan avenidas están, que no se atreven á intentar una acción común á fin de que no se note el desacuerdo que entre ellas reina.

¿Se propagará la guerra? Es probable. Y entonces Inglaterra, que ha sembrado vientos, quizá recoja tempestades.

A. RIERA.

ALREDEDOR DEL MUNDO



25

La nave de la iglesia de Nôtre Dame de Paris



La virtud del egoísmo

Si anoche no estuve, Flora,
A adorar tu talle hermoso,
Es porque soy *virtuoso*,
Y me da sueño á deshora.

¡Pecadora!

Ya le contaré á tu madre
Que, porque amo mi quietud
Y salud,

Digiste hoy á mi compadre:
—«¡Qué egoísta es la virtud!

¿Cómo he de ir con fe no escasa
A ver tus ojos serenos,
Si hay cien pasos por lo menos
Desde mi casa á tu casa?

Y ¿qué pasa

Al hallarnos frente á frente?
¿Qué?... tú mientes sin guarismo;

Yo lo mismo.

El no ir, por consiguiente,
¿Es virtud ó es egoísmo?

Verbi gratia, el otro día,
Al verte de mi amor harta,
Puse un bostezo de á cuarta
Entre un «paloma» y un «mía.»

Es falsía

La de bostezar amando;
Mas si hoy, con más pulcritud
Y quietud,

No he ido á amar bostezando,
¿Fué egoísmo ó fué virtud?

Desde hoy no vuelvo á tu edén
A tomar, Flora, el sereno;
Si es por *egoísmo*, bueno,
Y si es por *virtud* también.

Sí, mi bien,

Esto haré por mi salud,

Aunque diga tu cinismo

Que es lo mismo

La gloria de la virtud

Que el triunfo del egoísmo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



F. FABBI



Los enamorados

Un puñado de anécdotas

Cada vez que oigo contar un chascarrillo, me pregunto cómo puede el ingenio verter tamaña dosis de agudeza en tan poco espacio, multiplicando hasta lo infinito las variantes de sus recursos; pero en seguida pienso en la naturaleza, y me respondo satisfactoriamente deduciendo la consecuencia de que, si todos no, la mayor parte están tomados de la realidad, fecunda y pródiga madre de las obras de imaginación.

En prueba de ello, van á permitirme los lectores que retroceda treinta años en el camino de mi vida, para referirles algunos detalles de mi época estudiantil que, á falta de otro mérito, tendrán el de la autenticidad.

Es el aula la línea divisoria entre el niño y el hombre; el guión que separa el punto final con que termina la frase precedente, del interrogante con que se enuncia el porvenir incierto; así, pues, vista desde la edad viril, encierra el doble encanto de un ayer no saboreado hasta hoy, y de un mañana cuyo carril llenan las ilusiones de puntos suspensivos, pero sobre los cuales rara vez corre obediente al convoy de la existencia.

De mi clase ha salido humanista, que después se ha sentado entre los árcades de Roma, y que en el tercer año de latín traducía el *Pullus ad margaritam*, de Fedro, por

Los pollos de Margarita.

SUCHODOLSKA



Lluvia de oro

Historiógrafo y notable resultó otro condiscípulo, á quien preguntándole el profesor por qué Aquiles, siendo vulnerable, llevaba armadura, repuso:

— Para defenderse de los *pistoletazos* de los enemigos.

Y es que en el vivero humano de la segunda enseñanza, ni puede predecirse qué arbusto llegará á ser árbol, ni qué pie dará mejores frutos. De todas las plantas allí reunidas, las unas se agostan, las otras medran; y tal que se enuncia con los caracteres del perejil, sale cicuta.

* Digalo sino cierto amigo mío que, en su calidad de secretario de legación, asistía vestido de gran uniforme á una representación de gala en el teatro de no sé qué corte extranjera. Levantóse e' telón para unos juegos acrobáticos y presentóse en escena un titiritero con su tonelete corto, calzón de carnes y *ferronnière* que le dividía la frente. Saludado que hubo á la concurrencia, fijóse en la butaca del diplomático, y como recatándose de la gente, le dió las buenas

noches con un gracioso movimiento de mano acompañado de una tan provocante sonrisa, que las miradas de todo el público convergieron en el futuro embajador. Este, rojo de vergüenza, miró en torno suyo buscando á alguien en quién declinar tal privilegio. Pero en vano se esforzó; el saludo era para él, puesto que al responder á los aplausos de la asamblea con los besos de ordenanza á la terminación de cada suerte, el acróbata le dedicaba, á mi amigo, uno ruidoso y lleno de expresión como quién dice:

— Este para tí.

Por fin, descolgóse el juglar del trapecio y se despidió de la sociedad; pero cuando la cortina iba ya á ocultarlo:

— Entra, — le dió á entender con un gesto á la víctima que, encasquetándose el tricorno y trabándose los pies con el espadín, penetró en el escenario dispuesto á mechar al atrevido.

Pero aun no había traspuesto la puerta, cuando el funámbulo ya se había echado á su cuello, gritándole con voz embargada por los sollozos:

— ¿No me reconoces? Soy fulano de tal, tu inseparable en el aula de latín.

— ¿Quién puede predecir el destino humano? Acaso hubiera sido un poeta sin par aquel mi colega de la asignatura de retórica, á quien tocándole el turno de presentar en clase una composición suya, nos leyó estos dos únicos versos:

F. ALINARI

Como la ciencia que del arte
[espuma
Y el lienzo arrugador que nos
[oprime...

Nadie pudo saber el resto; porque asombrado por el principio, el profesor se quedó con el original; y en cuanto al autor, murió un mes después ó de esfuerzo ó de la vergüenza.

¡Qué tipos intelectuales se sentaban en aquellos escaños! Recuerdo, entre otros, á un individuo venido de la cuenca del río Júcar, que sobre hablar difícilmente el castellano, tenía ocurrencias dignas de Calino, que el catedrático jovial y humorista explotaba con gran contentamiento de los alumnos.

— ¿Qué significa *quercus*? — preguntó en cierta ocasión el natural de Sueca.

— La encina, — le respondió el maestro.

— Pero como al chico no le sonase el vocablo:

— ¿Y qué es encina? — insistió.

— La *carrasca*, — le apuntó alguien dándole la traducción en valenciano.

— Eso es, — asintió el pedagogo. — ¿Sabe usted qué fruto produce ese árbol?



Dos hermanas

— Sí, señor; *abellotas*.

— Esa *a* póngala usted en sal.

Todos nos reímos de la ocurrencia; pero el muchacho dejó que cesasen las carcajadas, y con la imperturbabilidad de su insuficiencia, exclamó:

— *Salbellotas*.

Otro día nos explicaban gramática; y el sueco, que siempre sabía mejor que otro alguno sus lecciones, fué el elegido para el repaso.

— Los pronombres posesivos — dijo — son cinco: *Mío, tuyo, suyo, nuestro y vuestro*, con sus terminaciones femeninas.

— Muy bien, — repuso el catedrático estimulando su aplicación; — pero téngase en cuenta, que hay palabras cuya terminación parece un pronombre posesivo, sin serlo, y conviene no confundir especies. Así, por ejemplo: *Chirimía*; aquel instrumento de madera que se toca en los servicios fúnebres...

— Sí, señor...

— Acaba en *mía*; pero es debido á la conformidad de la palabra.

¿Lo ha entendido usted bien?

— Sí, señor.

— De modo que si la toca usted se llamará...

— *Chirimía*.

— Eso es. ¿Y si la toco yo?

El discípulo reflexiona un momento, y exclama, convencido de haber acertado:

— *Chirituya*.

Al lado de estos escolares duros de mollera, los había inteligentísimos; pero que pecaban por exceso de celo en la manifestación de su sabiduría. He aquí un ejemplo.

BOUGUEREAU



La Virgen de los ángeles

Nos preguntaban cierta vez los pretéritos y supinos de los verbos irregulares; y según costumbre, el discípulo que respondía bien pasaba á los que no habían sabido contestar, lo que al fin del certamen valía, al que se quedaba primero, lo que llamábamos *una nota de cabeza*.

— *Doceo, es, ere*; fué el enigma propuesto por la esfinge.

— *Doceri, docetum*, — contestó el interpelado.

— ¡Pigre! — murmuró el profesor que solía amenizar con calificativos sus raptos de enojo. Otro.

— *Doquivi docutum* — dijo el que le seguía, creyendo conquistar un puesto.

— *Alcornoque*. Otro.

— *Caret, utroque*.

— ¡*Ruso!* — rugió el catedrático, haciendo uso del dictado más humillante de su elenco.

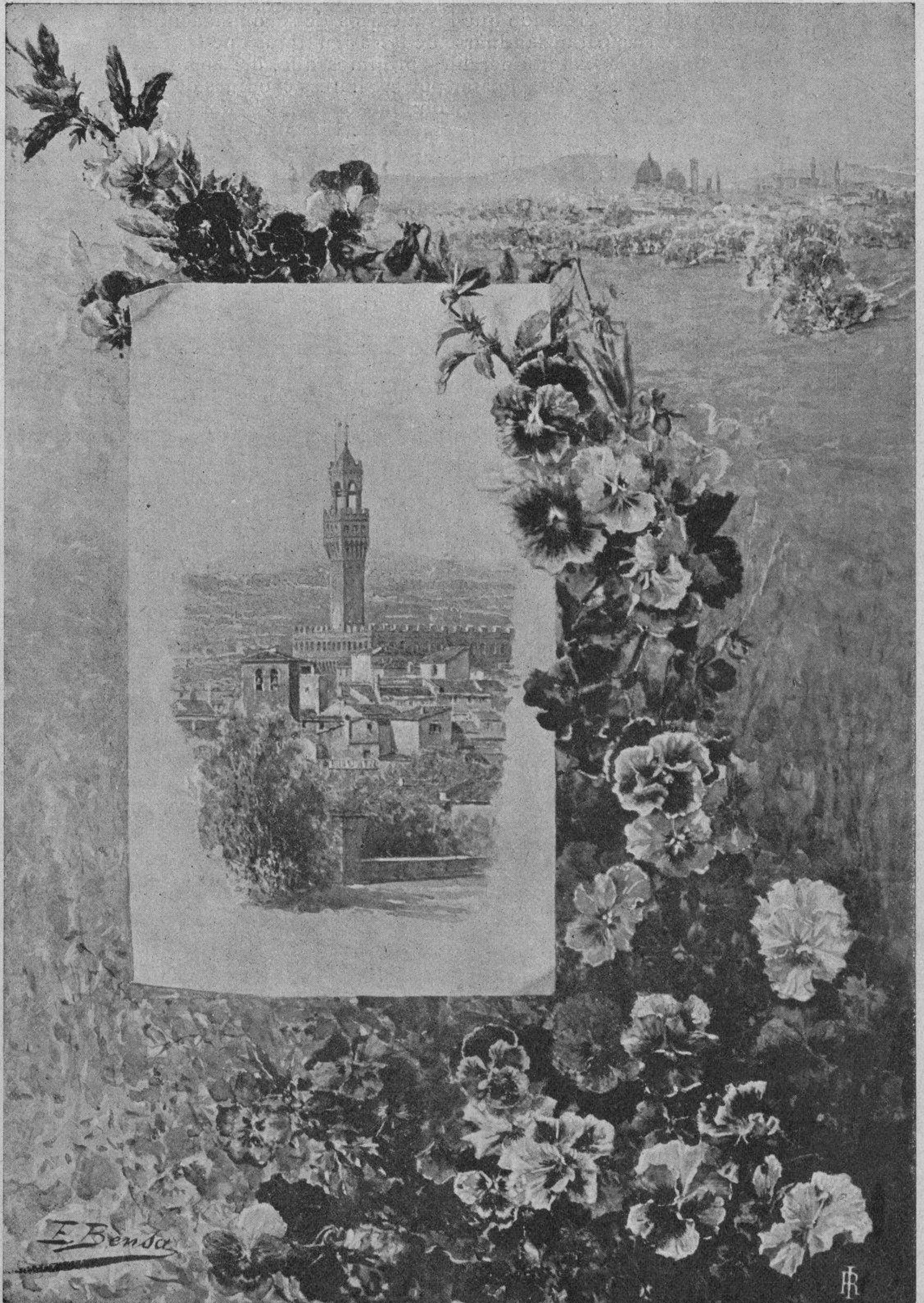
Y como el individuo á quien le tocaba entrar en liza creyese que se trataba de la enunciación de otro verbo, gritó sin vacilar:

— *Rusi, rusum*.

Pero si la edad disculpa estos *lapsus*, no merece verdadera absolución el hecho que voy á referir, y cuya autenticidad garantizo bajo mi palabra, como todo lo que antecede.

En una de las tantas reformas como ha sufrido el plan de estudios, consignóse muy sabiamente que cesaran las antiguas categorías de médicos de pri-

ERNESTO BENSA



Vista de Florencia

mera y de segunda clase; pues no había razón en que, por ser relegados á los pueblos, los facultativos inferiores estuviesen autorizados por la ley para matar gente en virtud de una ignorancia oficial. Pero en lo que no hizo bien el legislador, fué en dar á la disposición efecto retroactivo, decretando que los médicos de segunda acudiesen á sus respectivas zonas universitarias para examinarse de las asignaturas que les faltasen para validar su título. Y caten ustedes á innumerables prójimos que, después de treinta ó más años de ejercicio, venían á la ciudad á pasar por las horcas caudinas de un examen que, aunque de mera fórmula, los avergonzaba y cohibía.

Entre ellos, se presentó al tribunal de la ciencia de Pitágoras, un pobre anciano, que hecho un cascabel, tomó asiento en el banquillo de los reos.

— ¿Qué es binomio? — interrogó uno de los jueces, dando á su acento una inflexión de dulzura acomodada á las circunstancias.

— ¿Binomio? — balbuceó el aludido. — Y como no encontrase nada que responder:— ¿Pues aquí no es — añadió — donde se examinan de matemáticas?

— Sí, señor — adujo el examinador, queriendo infundirle ánimos. — Por eso se le pregunta á usted qué es binomio.

A lo cual el infeliz viejo, creyendo hallar en su tribulación un expediente oportuno, se apresuró á aducir:

— Es verdad... me había turbado. Binomio es... el hombre que se casa con dos mujeres.

Y como todo no ha de ser á cargo de los discípulos, allá va, para terminar, lo que le ocurrió á un maestro de la Facultad de Medicina, de Valencia, tan gracioso á fuer de andaluz como docto y sesudo, y padre de un hijo que ha perpetuado en la Administración la justa fama que su padre se labró en el claustro.

Tenía el tal señor una criada respondona si las hay, que guardaba generalmente las mejores proezas para cuando podía ser oída por personas extrañas, ante las cuales poner en ridículo á su amo. Ocurrió, pues, que un día en que éste tenía convidados á comer á algunos comprofesores, la fámula le sirvió un plato que no brillaba por la limpieza.

— Cambie usted esto — dijo pacientemente el hijo de la tierra de la sal.

— Pues apenas si es usted meticuloso — refunfuñó la Maritornes.

— A mí no se me contesta — rugió el catedrático mirándola amenazador.

— Pues arma usted poco ruido por una cazcarria de nada — insistió la otra.

— Que se calle usted.

— Pues no quiero.

— Mire usted — exclamó el sevillano echando espuma y exponiendo lo que él juzgaba la *suprema ratio* — que delante de mí les tiembla la barba á doscientos discípulos.

A lo que la criada, dando un respingo para meterse en la cocina, sólo adujo este argumento *ad hominem*.

— Sí; pero ellos tienen que examinarse y yo no.

ENRIQUE GASPAR.

Así

Como busca el artista
éxito franco,
como el labriego busca
fértiles campos.

—
Como de la montaña
busca la cima,
trepadora gacela,
que es perseguida.

Así te busco,
así te adoro,
así por tus amores diéralo todo.
Vida, gloria, ilusiones,
bienes terrenos.
¡Habrás quien más te pida,
dándote menos!
que ni te pido
una mirada entera;
medio suspiro.

PEDRO GAY.

DESDE PARIS, POR I. NONELL



Los cocheros de Paris

Ojos que no ven

¿Es que les cegaba la luz demasiado viva de aquella aurora, radiante mensajera de una jornada espléndida? ¿Era que en las tinieblas, como los topos, se les había atrofiado el órgano visual? Ello es que no veían; que á su alrededor crecía un mundo nuevo del que no podían admirar la grandeza; que razas condenadas desde siglos antes surgían á la vida; que terminaba una era de iniquidades; que de lo alto y de lo hondo brotaba claridad excelsa, y que ninguno de esos signos habían advertido los ciegos.

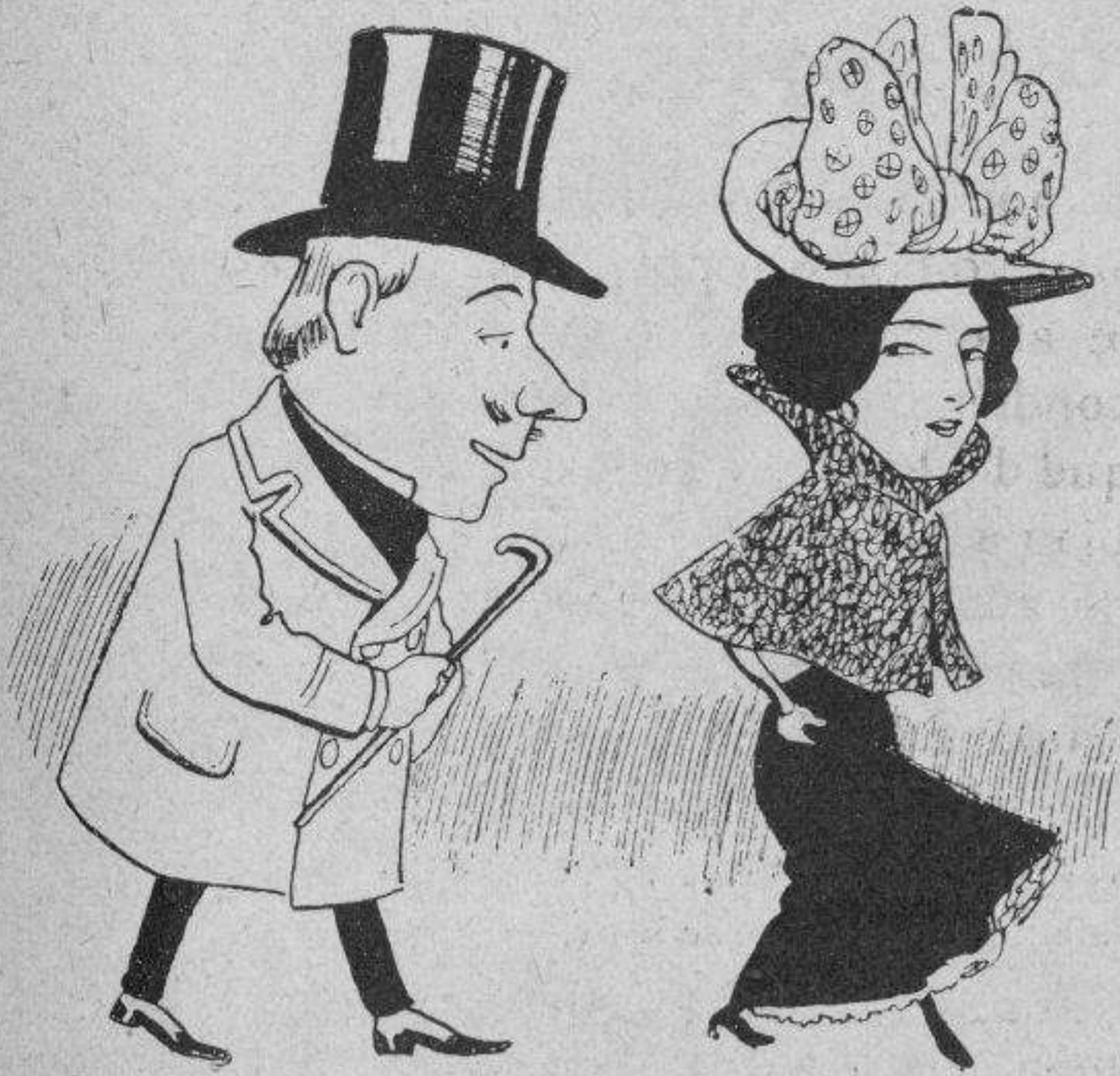
En París y en Viena se han representado este año dramas sacros cantando el himno de amor universal que brotó abundoso de los labios del Hombre-Dios, haciendo patentes las torturas que para redimir á la humanidad cautiva padeció su cuerpo y sufrió su espíritu perdonando, en la hora suprema de la agonía, á sus verdugos, de quienes dijo: *Tienen ojos y no ven; tienen oidos y no oyen.* Han resonado de nuevo, despertando santa emoción en todos los corazones, aquellas palabras que llevaban la esperanza á los miserables, el perdón á los culpables, el consuelo á los afligidos. El público entero lloró como lloran los niños y las gentes de corazón sencillo. A la voz divina cayó la triple coraza de bronce que el egoísmo, la experiencia y la vanidad inventó para abroquelar las almas contra el contacto de las almas hermanas. Los fuertes y los debiles, los orgullosos y los humildes comulgaron con las mismas palabras, y por unos momentos, en el ámbito de las inmensas salas, pareció fulgurar el «Amaos los unos á los otros».

Macbeth vió que una selva marchaba. Y los ciegos de ahora no ven siquiera el empuje de una raza, marea que sube, invasión irresistible, fuerza indivisa y avasalladora.

DEVIL.



Un mercado en Nápoles



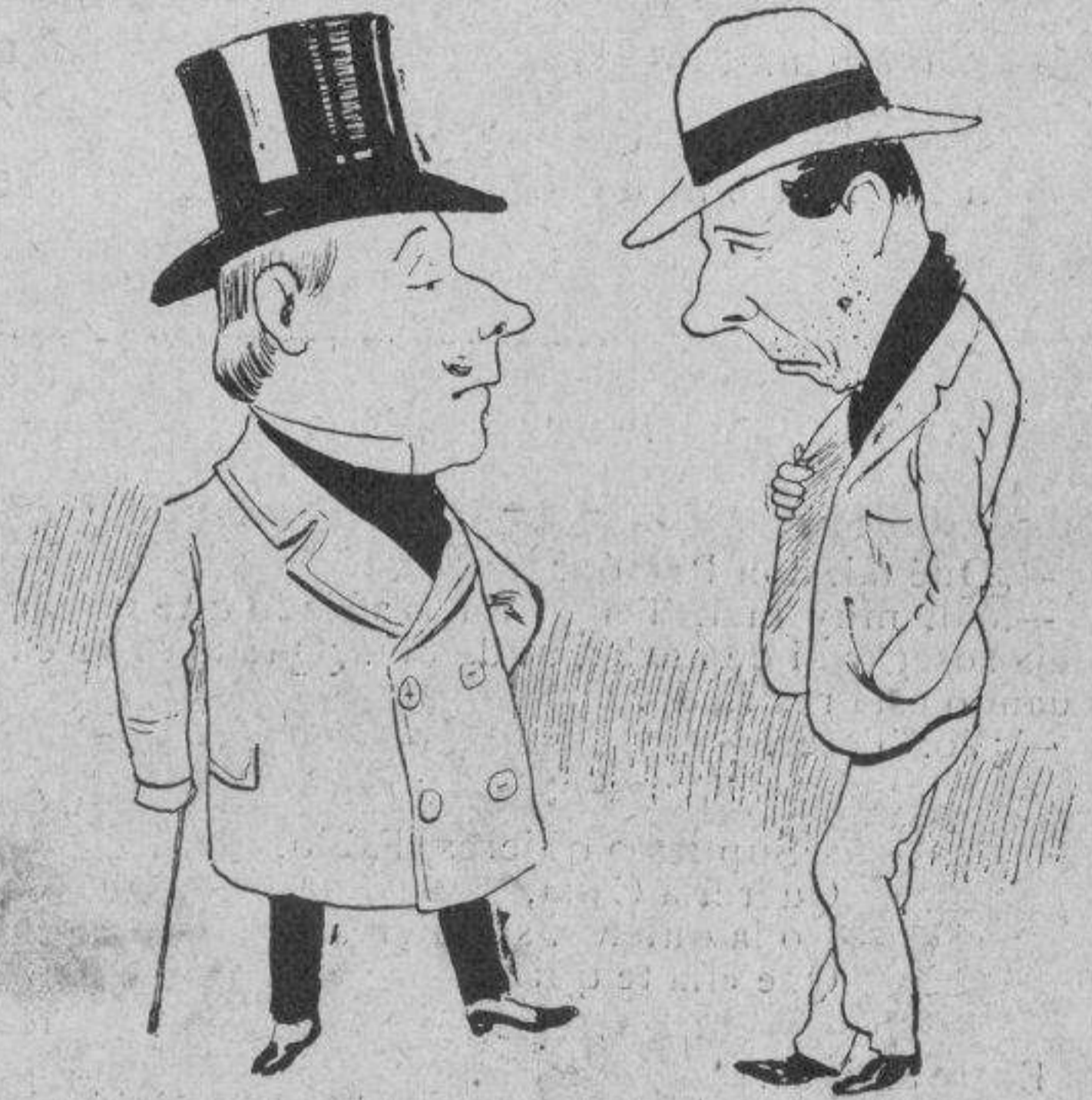
—Me tiene usted muerto de amor!... Siento aquí en lo más hondo de mi ser el golpe de Cupido!



—Caballero, no me siga usted más, porque me compromete...



—Bueno, pues no la seguiré; ante todo no comprometer... ¿qué querrá ese?



—Cabayero! Se pué saber que le estaba usted diciendo á esa... señora?... y dispense!...

—Pues... le importa á usted algo? sentía los golpes de...

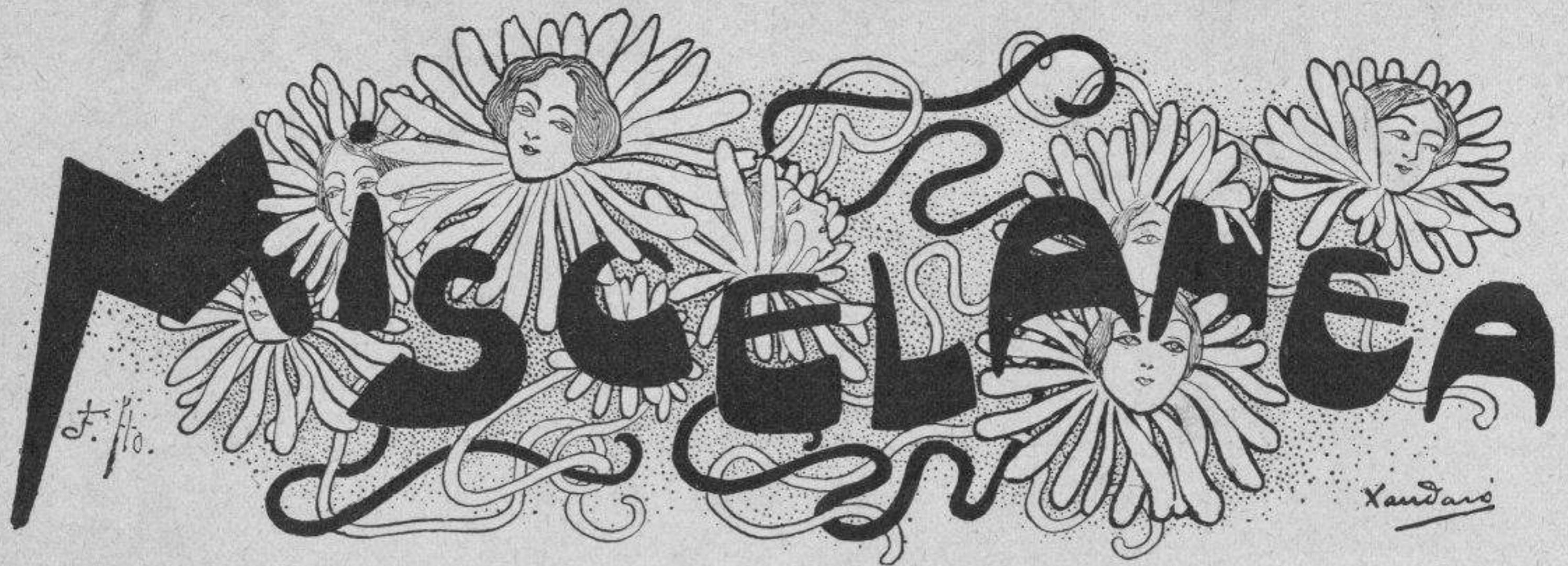


—Se lo daba á usted el corazón!... ¡pafl!



—Sí, el corazón y él!

Xaudaró



Un pilluelo, acusado de haber robado un pavo, comparece ante el juez, el cual le pregunta:

—¿Sabe usted de qué se le acusa?

—Sí, señor, — contesta el ladronzuelo. — Había leído en un libro de cocina: «Para hacer una galantina, tomarás un pavo»... Y lo tomé.

—♦—

Entre amigas de colegio:

—¿Es verdad que te casas, Enriqueta?

—Sí, dentro de dos meses.

—¿Con quién?

—Con Gustavo.

—¿Y estás muy enamorada?

—Mucho... pero no de él.

—♦—

Del mundo entré en el bazar;
Mas ¡cuánto he sufrido al ver
Que ya es costumbre vender
Cuanto se quiere comprar!

Campoamor.

—♦—

—¿Qué tal, don Ramón?

—Mal, muy mal. Tengo un resfriado que no me deja sosegar ni de noche, ni de día. ¿Qué hace usted cuando está resfriado?

—¿Yo? Toser.

—♦—

Supuesto quieres, Fabio,
Querer á Celia,
No la quieras, si quieres
Que ella te quiera.

—♦—

Entre amigos:

—Siento en el alma que tu mujer haya leído la última carta que te he escrito. ¿No me dijiste que respetaba tu correspondencia?

—En principio, sí; pero tú has tenido la culpa de todo.

—¿Por qué?

—Porque cometiste la imprudencia de escribir en el sobre: «Muy confidencial».

—♦—

Negocio: en buen castellano,
Una especie de cadena,
Que empieza en la propia mano
Y acaba en la bolsa ajena.

—♦—

En amor, la amistad es un nombre tan vano, y la buena fe tal quimera, que no puede hacerse sin peligro delante de un amigo el elogio de la mujer que amais; desde que cree vuestros elogios justificados, ocupa vuestro lugar.

Ovidio.

Un rico presente vale más, en amor, que un bello discurso.

Marot.

En amor, una ilusión se cura con otra.

Bacón.

Más difícil es ocultar, en materias de amor, lo que se siente, que lo que se sabe.

Duclós.

—♦—

Por teléfono:

—¿No es verdad, Carmencita, que me estoy volviendo algo majadero?

—No, señor. Yo le he conocido á usted siempre así.

—♦—

Preguntándole á Diógenes cuál era el animal de más peligrosa picadura, respondió:

—Entre los animales feroces, el delator; y entre los animales domésticos, el adulador.

—♦—

Muchos pebres que piden, son pobres solamente porque piden.

Todo lo que no hace al hombre ni más sabio ni más fuerte, ni más dichoso, le es inútil.

Cristina de Suecia.

Las lágrimas son las madres de las virtudes.

Chateaubriand.

—♦—

En un restaurant:

—¡Mozo!

—¡Señor!

—¡Qué chuleta tan salada! Esto es insoportable.

—Pues aun hay otra cosa más salada en el establecimiento.

—¿Cuál?

—La cuenta.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR
V. SUÁREZ CASAÑ

PROPIETARIO
PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado